



Dossier de prensa

*El diario de Virginia Woolf,
Vol. V (1936-1941)*

Edición inglesa de Anne Olivier Bell

Traducción, edición y prólogo de Olivia de Miguel

Epílogo de Anna Caballé

Sobre el libro

En este último volumen, que recoge los escritos datados entre 1936 y cuatro días antes de su muerte en 1941, nos encontramos con la Virginia más madura posible: la que, a pesar de un sin fin de tormentos, se mantiene cuerda gracias a la escritura. Es en este momento en el que comienzan los inquietantes años que desembocaron en la Segunda Gran Guerra; cuando su vida se ve marcada por la enfermedad, suya y de su marido, y por la muerte de amigos, sobrino o suegra, entre otros. Con todo, Woolf usó la escritura como refugio y nos deja así una crónica que, extrañamente, no resulta sombría.

Desde la revisión y reestructuración de *Los años* hasta la concepción y escritura de *Entre actos*, pasando por supuesto por *Tres Guineas* y el martirio que fue para ella redactar la biografía de Roger Fry, Woolf vuelve a encandilar al lector esta vez por su impresionante resiliencia ante la creciente adversidad que la rodea, hasta llegar a una última crisis depresiva que terminó con su trágica muerte. Un diario del que se ha dicho que se puede leer como «la nota de suicidio más larga en lengua inglesa».

Sobre la autora



Virginia Woolf

Virginia Woolf (South Kensington, 1882 - Lewes, 1941): Su nombre se esconde detrás de algunas de las novelas más emblemáticas e innovadoras del siglo XX; títulos que revolucionaron las estructuras narrativas de la época y las condujeron hacia delante, por un camino de no retorno. Pero la autora de *La señora Dalloway* (1925), *Orlando* (1928), *Las olas* (1931) o *Una habitación propia* (1929) no sólo escribió ficción, también narró su propia vida, capturada en 26 cuadernos, desde su primera madurez hasta su muerte que ahora publica Tres Hermanas Libros.

Ficha técnica

Título: El Diario de Virginia Woolf, Vol. V (1936-1941)

Colección: Otros Mares

Autora: Virginia Woolf

PVP: 27 EUR

Formato: 20 x 13 // pp. 680

ISBN: 978-84-19243-17-1

Fotografía de cubierta: Mercedes Pineda

«Donde puede comprobarse, su memoria y sus observaciones demuestran ser extraordinariamente precisas. Aquellos críticos que encuentran que ella no alcanza los ideales de claridad, humildad y conciencia social (seguramente inalcanzables), aceptan implícitamente que ella dice la verdad sobre sus propios sentimientos y aptitudes. En resumen, el suyo es un testimonio fidedigno»

En las pruebas y reveses de su vida — ordinarios o extraordinarios—, Virginia Woolf hizo gala de una asombrosa capacidad de resistencia de la que estas páginas son una prueba. Le daba pavor la posibilidad del desastre, pero cuando el desastre la golpeó, hizo gala de un arrojo varonil (si se me permite el adjetivo) para enfrentarse a cualquier situación que lo exigiera, demostrando valor, ofreciendo consuelo, sobrellevándola con pericia y alegría. Cuando Leonard estuvo enfermo o cuando su hermana sufrió el trágico golpe de la muerte de su hijo, ella fue su principal apoyo. Cuando su casa de Londres fue destruida o cuando los aviones enemigos se abalanzaban sobre su huerto en el campo, sus reacciones eran sorprendentemente sólidas. Cuando le dolía la cabeza y la mente se le nublaba, ella generalmente tenía claro lo que debía hacer para recuperar la serenidad. *Entre actos* fue escrita en unas condiciones de inusual estrés: la cercanía de la guerra, la realidad de la guerra y, desde el verano de 1940, el peligro de muerte muy presente a causa de la guerra; la casa de los Woolf en Sussex estaba virtualmente en el frente de la esperada invasión alemana; la muerte les sobrevolaba en el cielo y ellos se habían procurado los medios para acabar con sus vidas si los nazis entraban. Leonard Woolf escribió: «Creo que la muerte estaba siempre muy cerca de la superficie de la mente de Virginia, la contemplación de la muerte». Se ha sostenido muy convincentemente que este último libro puede leerse como la nota de suicidio más larga en lengua inglesa. Basándonos en la evidencia menos oscura de los testigos presenciales, de sus cartas y de este diario, no me parece que Virginia contemplara, de manera voluntaria o consciente, provocarse la muerte, hasta que una vez acabado su libro, cayera en la depresión que siempre seguía al cese de un esfuerzo creativo sostenido en el tiempo y empezará a darse

cuenta de que, una vez más, empezaba a perder el control de su mente. Es posible que «esta terrible enfermedad... esta locura» que acechó su vida fuera una propensión heredada, unida a cambios en el cerebro que ahora podría ser susceptible de tratarse con medicamentos, pero entonces... la receta fue la acostumbrada: alimentación, la reclusión y el sueño. Incluso en su última etapa ella escribe: «Vaya que sí, venceré este estado de ánimo». Pero cuando no pudo por más tiempo reunir la fuerza o la voluntad para vencerlo, ¿acaso no hubo cierta valentía en elegir la muerte con la esperanza de que Leonard, «el inviolable centro de su vida», pudiera continuar con la suya?

Como los anteriores volúmenes, la crónica de los últimos años de Virginia Woolf trata de los placeres y desazones de la vida cotidiana, grandes penas y grandes alegrías. Ahora que tenemos sus diarios completos (la distinción entre Virginia Woolf y Virginia Stephen, cuyos irregulares diarios están en la Berg Collection), parece apropiado recordar la afirmación de Quentin Bell en su introducción al primer volumen de estos *Diarios*: «es una obra de arte». La validez de esta afirmación puede dejarse ahora al juicio de los que los han leído todos. Pero a la otra pregunta que allí se planteaba —el de hasta qué punto son verdad—, puede darse con absoluta confianza un refrendo menos parcial. Estos volúmenes han aparecido durante la vida de muchas personas que tuvieron un papel en ellos. Algunos han cuestionado las opiniones de Virginia o su gusto; pero creo que ninguno su veracidad. Donde puede comprobarse, su memoria y sus observaciones demuestran ser extraordinariamente precisas. Aquellos críticos que encuentran que ella no alcanza los ideales de caridad, humildad y conciencia social (seguramente inalcanzables), aceptan implícitamente que ella dice la verdad sobre sus propios sentimientos y aptitudes. En resumen, el suyo es un testimonio fidedigno. Al vivir como ella lo hizo cerca del centro de la vida política, cultural y social de la nación, esto es mucho más que el relato de las actividades de un estrecho círculo entre los años 1915 y 1941, y aunque Bloomsbury agrupara figuras tan diversas como Maynard Keynes, Desmond MacCarthy, E. M. Forster o Roger Fry, no puede considerarse, en ningún sentido, una fuerza centrípeta. En estas páginas encontramos una vasta galería de personajes y sociedades diferentes, de fabianos a vecinos de Rodmell, de H. G. Wells a la condesa de Oxford y Asquith, de dame Ethel Smith al editor de *The New Statesman*. El diario no ofrece solo una visión ilustrada y privilegiada de un grupo sino un despliegue de la historia inglesa.

-Del prólogo de
Anne Olivier Bell

Olivia de Miguel

Traductora y editora

(Logroño, 1948)

Es profesora universitaria y traductora. Tras licenciarse en Filología Anglogermánica por la Universidad de Zaragoza, se doctoró en Teoría de la traducción por la Universidad Autónoma de Barcelona. Como docente, imparte clases de grado, posgrado y máster en la Universidad Pompeu Fabra. Como traductora, ha trabajado con diversas editoriales publicando traducciones de autores de la talla de Kate Chopin, Oscar Wilde, Henry James, Joan Didion, o Marian Moore, y ahora, Virginia Woolf. Ha sido galardonada con el Premio Ángel Crespo de Traducción y con el Premio Nacional de Traducción.



Anne Olivier Bell

Editora de la edición inglesa original

(Londres, 1916 - Firlie, 2018)

Erudita de arte, fue parte del grupo Bloomsbury y muy conocida por editar los diarios de Virginia Woolf.

Durante la Segunda Guerra Mundial, fue parte de los *Monuments Men*, un grupo militar dedicado a preservar y restaurar obras de arte y culturales robadas por los nazis en Alemania. Recibió doctorados honorarios de la Universidad de Sussex y la Universidad de York, y en 1984 se la escogió como miembro de la Real Sociedad de Literatura británica.

Anna Caballé

Epílogo

(Hospitalet de Llobregat, 1954)

Escritora, crítica literaria y profesora en la Universidad de Barcelona, se doctoró en esta misma con su tesis *La literatura autobiográfica en España (1939-1975)*, un interés que la acompaña desde la infancia y que le hizo ganar el Premio Extraordinario de Doctorado. Desde 2017 es presidenta de la asociación sobre género y cultura Clásicas y Modernas. Además, en 2019 recibió el Premio Nacional de Historia de España por su obra *Concepción Arenal. La caminante y su sombra*.

(+34) 620 95 35 04



prensa@treshermanaslibros.com

El 1 de septiembre de 1939 estallaría la Primera Guerra Mundial. Virginia Woolf escribió estas dos entradas de su diario poco antes del comienzo de este terrible conflicto:

Fragmento

Viernes, 25 de agosto

Tal vez sea más interesante describir la «crisis» que las historias amorosas de Roger. Sí, estamos en pleno conflicto. ¿Estaremos ya en guerra? A la una, entraré a escuchar la radio. Emocionalmente las cosas son muy distintas a las de septiembre pasado. Ayer, en Londres, se respiraba casi indiferencia. Como no había aglomeración en el tren, fuimos en tren. Ni agitación en las calles. Uno de los empleados de la mudanza había sido llamado a filas. Es el destino, dijo el capataz. ¿Qué puede hacer uno frente al destino? Caos total en el n.º 37 de Mecklenburgh S. Me encontré con Ann en el cementerio [*St. George's Fields*]. No habrá guerra, desde luego que no, afirmó. John dijo que, bueno, que no sabía qué pensar, pero como ensayo general es perfecto. Los museos cerrados; reflectores en Rodmell Hill. Chamberlain dice que el peligro es inminente. El pacto ruso, una desagradable e imprevista sorpresa. Somos lo más parecido a un rebaño de ovejas. Sin entusiasmo. Una perplejidad paciente. Sospecho un cierto deseo de «empecemos ya de una vez». Encargo el doble de provisiones & algo de carbón. Violet, la tía de Duncan Grant, refugiada en Charleston. Irreal. Ramalazos de desesperación. Dificultad para trabajar. Chambrun me ofrece 200 libras por un relato. Niebla sobre las marismas. Aviones. Un toque al botón y estaremos en guerra. Dánzig no ha sido tomada aún. Los empleados, contentos. Yo voy añadiendo una pajita tras otra para esperar a entrar, paralizada con la escritura. Ahora no hay razón para luchar, dijo Ann. Los comunistas están desconcertados. Se ha suspendido la huelga de ferrocarril. Lord Halifax habla por la radio con su voz de terrateniente. Louie pregunta si la ropa será cara. En el fondo, por supuesto, un pozo de pesimismo. Los jóvenes, destrozados; las madres, como Nessa hace dos años. De nuevo cualquier viraje a la derecha puede ocurrir en cualquier momento. Los sentimientos colectivos ocultan los privados, luego se retraen. Incomodidad & distracción. Y todo mezclado con el caos de Mecklenburgh.

Lunes, 28 de agosto

Después de la partida de bochas me quedo aquí fuera para decir no sé bien qué, en la que posiblemente sea la última noche de paz. ¿Acabará el boletín de las 9 con todo esto, con nuestras vidas y todo lo demás durante los próximos cincuenta años? Supongo que todo el mundo está escribiendo sobre este último día. Caminé por los *downs*, me tumbé al pie de un almiar & miré la tierra vacía & las nubes rosadas de un cielo completamente azul en una tarde de verano. Ni un sonido. Obreros que discuten de la guerra en la carretera. Uno a favor, otro en contra. De ahí, a las bochas. Soy feliz jugando. Fuera, en el jardín, ¿qué? Creo que aturdida. Vita dice que por la

mañana siente terror & pavor; revive & luego, se hunde. Nosotros estamos como en una pequeña isla. Ninguno de los dos tiene miedo físico ¿Por qué íbamos a tenerlo? Pero hay un pesimismo infinito, tranquilo y frío. Y la tensión. Igual que cuando se espera un veredicto médico. Y los jóvenes, los jóvenes, destrozados. Pero el asunto es que uno se siente demasiado aturdido para pensar. Londres parecía alegre. La mayoría de la gente está aturdida, pero exteriormente optimista. Ayer Hugh Slater dijo que tiene la corazonada de que no habrá guerra. El viejo Clive, sentado en la terraza, dice: «No quiero vivir esto». Explica que su vida se hunde. Ha vivido lo mejor. Nosotros, en lo personal, estamos contentos. Felicidad día a día. Felices preparando la cena, leyendo, jugando a las bochas. Ningún sentimiento patriótico. Pero ¿cómo seguir adelante en la guerra? Esa es la cuestión. Por supuesto ahí tengo mis viejas espuelas & mis viejos flancos. Pero no, no puedo atacar..., así que, ¿de qué me sirve estar aquí fuera? Entro en casa, ceno; luego, escucho. La intuición me dice que no habrá noticias hasta mañana. Sí, es una hermosa & tranquila tarde de verano. Ni un ruido. Una golondrina entró en la sala de estar. Hablé con la chica que cría perros de caza noruegos en la colina, junto a la hiedra en flor. Voy en manga corta, en pleno calor. Ni palabra de Vita, que pensaba venir. De repente, qué difícil resulta escribir.